

El poder transformador del Espíritu de Dios



El poder transformador del Espíritu de Dios

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

—El apóstol Pablo (Romanos 12:2)

Pocas criaturas pueden rivalizar con la belleza de la mariposa monarca. Sus colores naranja y negro ofrecen un espectáculo maravilloso, un deleite para los ojos.

Pero la mariposa monarca no empieza así. Antes de llegar a su madurez debe pasar por una serie de transformaciones verdaderamente asombrosas. Comienza como un diminuto huevo de medio milímetro y crece dentro de él hasta alcanzar el estado de larva; entonces comienza su época como un gusano con brillantes franjas de amarillo verdoso. En esta etapa muda varias veces de piel, con el fin de continuar creciendo. Ya entonces está lista para la siguiente etapa de su vida, cuando se convierte en una crisálida o pupa.

En esta etapa el gusano cuelga con la cabeza hacia abajo, usualmente de una ramita o rama, y se envuelve con un capullo protector. Así permanece entre 10 y 14 días, para experimentar entonces una nueva y sorprendente transformación. Al final de esta etapa, la envoltura que la protege se vuelve transparente y emerge una majestuosa mariposa monarca.

Su metamorfosis ya está completa y la mariposa comienza una nueva vida. La nueva criatura es totalmente diferente de la que vimos al principio. A medida que madura va cambiando en muchas formas. Se transforma en algo completamente distinto. El resultado final no se parece en nada al principio.

Las Escrituras nos dicen que nosotros también tenemos que pasar por una *transformación* —un cambio, con la ayuda de Dios— y dejar de ser el “viejo hombre”, para convertirnos en un “nuevo hombre”, el cual siendo “creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”, “se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:9-10; Efesios 4:22-24).

En esta lección analizaremos este asombroso cambio, hecho posible por medio del poder transformador del Espíritu de Dios.

¿QUÉ ES EL ESPÍRITU SANTO?

La historia bíblica acerca de la antigua nación de Israel nos describe un pueblo muy familiarizado con la palabra de Dios, más que cualquier otro pueblo en la historia. Sin embargo, con pocas excepciones, los israelitas no vivieron de acuerdo con las instrucciones de su Creador. Aunque Dios les dio *conocimiento* de sus caminos, mientras vivieron no les dio la *fortaleza interna* que necesitaban para controlar su naturaleza carnal de un modo constante. Sin embargo, prometió que vendría una época en la cual ese poder espiritual estaría disponible, no sólo para ellos sino también para las personas de todas las naciones, por medio del don de su santo Espíritu.

La experiencia de los israelitas nos ayuda a entender que los seres humanos están incompletos sin el Espíritu de Dios. Como lo explica el apóstol Pablo: “Así tampoco *nadie* cono-

ció las cosas de Dios, sino [por] *el Espíritu de Dios*” (1 Corintios 2:11). Y añade: “Pero *el hombre natural* no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque *se han de discernir espiritualmente*” (v. 14).

Sólo podemos tener este *discernimiento espiritual* como un don de Dios, por medio de su Espíritu. Dios ofrece su Espíritu a los que se arrepienten genuinamente y sepultan simbólicamente sus cuerpos con Cristo en la sepultura acuática del bautismo. Al cuerpo de creyentes convertidos de esta manera, Jesús les ha prometido que el Espíritu Santo los “guiará a toda la verdad” (Juan 16:13).

Para comprender cómo el Espíritu de Dios puede *transformarnos*, debemos entender lo que es este espíritu. Debemos empezar preguntándonos qué es Dios. Jesús explicó que “*Dios es Espíritu*; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). La palabra *espíritu* identifica la verdadera esencia de Dios, así como *amor* describe la esencia de su carácter (1 Juan 4:8, 16).

Un ángel, al informarle a María que ella daría a luz a Jesús el Mesías, se refirió al Espíritu Santo como “*el poder del Altísimo*” (Lucas 1:35). Jesús les dijo a sus apóstoles: “. . . recibiréis *poder*, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo . . .” (Hechos 1:8). Pablo explicó: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de *poder*, de *amor* y de *dominio propio*” (2 Timoteo 1:7). Pablo y otros realizaron “señales y prodigios, en el *poder* del Espíritu de Dios” (Romanos 15:19).

Las Escrituras nos presentan el Espíritu de Dios *como manifestación de su poder divino* dentro de su creación, especialmente en las personas que ha llamado y que se han convertido: los santos. Por medio del “poder del Altísimo” (Lucas 1:35) él puede darnos ciertos atributos de su naturaleza y su carácter. Estos atributos divinos, espirituales, *transforman* nuestra naturaleza débil hasta el punto en que somos “participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). En nuestra nueva vida es necesario que escojamos positivamente y queramos caminar en obediencia, *utilizando* el Espíritu de Dios para vencer nuestra naturaleza débil, carnal.

La frase traducida como “Espíritu Santo” lleva inherente el concepto de poder. En el griego original es *hagios pneuma*, que significa literalmente “viento santo”. *Pneuma* también puede significar “aliento”, como aparece en Apocalipsis 13:15 (comparar con Génesis 2:7). Así como el aliento, la respiración, es esencial para la vida física, el Espíritu de Dios es esencial para la vida eterna. Y así como el viento es una fuerza invisible pero poderosa en el ámbito físico, el Espíritu Santo es una fuerza invisible pero poderosa en nuestro desarrollo espiritual.

El diccionario bíblico de Holman resume la comparación del Espíritu de Dios con el viento y el aliento en el Antiguo Testamento: “En cierta forma el Espíritu de Dios es representado como un viento poderoso, pues se utiliza la misma palabra hebrea *rúaj*, que designa el viento, aliento y espíritu. En la época de la salida de Egipto, Dios desplegó este viento sobre una parte del mar, y así permitió que los israelitas pasaran a salvo en medio del mar y escaparan del faraón y sus ejércitos (Éxodo 14:21) . . . [De todas las] veces que se describe este Espíritu como viento, [en muchas de ellas] se describe el viento como un instrumento de Dios, casi siempre destructivo y siempre fuerte e intenso. Esta propiedad del Espíritu refleja claramente el poder de Dios”.

Una de las oraciones del apóstol Pablo era esta: “. . . que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él . . . para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es *la supereminente grandeza de su poder* para con nosotros los que creemos, según *la operación del poder de su fuerza*, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales” (Efesios 1:17-20).

Dios empleó directamente esta comparación de “la operación del poder de su fuerza”, con un *viento poderoso* cuando dio por primera vez su santo Espíritu a los discípulos de Cristo. Lucas escribió: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de *un viento recio que soplab*a, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:1-4).

El apóstol Pedro dio un poderoso sermón en el que explicó por qué Jesús había sido crucificado y lo que significaba el derramamiento del Espíritu Santo a sus discípulos. Muchos de los que le escuchaban “se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y *recibiréis el don del Espíritu Santo*. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (vv. 37-39).

Por primera vez en la historia, Dios estaba haciendo su Espíritu disponible para todos aquellos que estuvieran dispuestos a arrepentirse de sus pecados y comenzaran a *obedecerle* (Hechos 5:32). “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como *tres mil personas*. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles . . .” (Hechos 2:41-42). ¡Nunca antes había sucedido algo semejante! El poder transformador de Dios estaba trabajando poderosamente en las vidas de los apóstoles y en todos aquellos que él estaba llamando.

En una ocasión anterior “. . . Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de

recibir los que creyesen en él . . .” (Juan 7:37-39). Aquí Jesús explicó que podíamos recibir el Espíritu Santo y que éste *fluiría* de nosotros para producir “el *fruto* del Espíritu . . . en toda bondad, justicia y verdad” (Efesios 5:9).

En forma limitada podemos comparar el Espíritu Santo, como manifestación del poder de Dios, con la corriente eléctrica. La electricidad fluye a través de alambres conductores que la llevan desde su punto de origen hasta los aparatos que la utilizan. Mientras el circuito eléctrico se mantenga intacto, estos aparatos pueden recibir y utilizar su corriente. Pero cualquier interrupción en la corriente de energía causará una pérdida de poder de los aparatos que la consumen. Es imprescindible el contacto constante con la *fuerza* del poder.

Lo mismo sucede con el Espíritu de Dios. Nosotros no tenemos la capacidad de almacenar permanentemente el poder del Espíritu Santo. Si nos desconectamos de nuestra relación con Dios, nos cortamos de su poder que obra en nosotros. Por lo tanto, es necesario que nuestro hombre interior se renueve “de día en día” (2 Corintios 4:16; comparar con Tito 3:5).

Alguien podría preguntar: ¿Cómo puede el Espíritu Santo ser un don si el efecto que tiene en nosotros depende de que mantengamos una constante relación con Dios?

Nuevamente, una analogía puede sernos útil. Supongamos que una compañía eléctrica nos ofrece un servicio gratuito de energía para casas rodantes que se encuentren en un radio de acción de 10 kilómetros alrededor de la central eléctrica. Esa electricidad sería un regalo de la compañía.

Pero supongamos que algunas de estas casas fueran llevadas más allá del límite fijado por la compañía eléctrica. ¿Seguirían recibiendo el servicio gratuito de electricidad? No. El servicio gratuito sería tan sólo para las casas que permanecieran en el radio de acción especificado por la compañía.

De igual forma, debemos mantener una estrecha relación con Dios para poder recibir poder espiritual de él. Dios es la fuente de ese poder.

David, una de las pocas personas que recibieron el Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, comparó el hecho de recibirlo con el estar en la presencia personal de Dios (Salmos 51:11; 139:7). Pablo expresó un pensamiento similar cuando dijo: “*Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*” (Filipenses 2:13). El Espíritu Santo es el poder de Dios que trabaja activamente en los que él ha llamado y escogido, sus santos, para *transformarlos* en sus hijos e hijas, ayudándolos a crecer “en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:15).

Jesús se refiere al Espíritu de Dios como “el Espíritu de verdad”, el “*Consolador*” que “procede del Padre” (Juan 15:26). En otras palabras, Dios nos fortalece directa y activamente por medio de su Espíritu. Es su poder activo que obra en nosotros y nos ayuda a vivir de una manera justa.

La palabra griega que se traduce como “Consolador” es *parakletos*. Cuando se traduce como “Consolador” se refiere al Espíritu Santo. Sin embargo, en un pasaje se traduce como “*Abogado*” y se está refiriendo a Jesús como nuestro abogado ante el Padre. La forma verbal de este nombre es *parakaleo*, traducido como “consolar”, “rogar”, “orar”, “exhortar”, “llamar”, etc. Una tercera forma de la palabra, *paraklesis*, es un sustantivo que se traduce como

“consolación”, “exhortación”, “consuelo”, “ruego”, etc.

Parakletos significa literalmente alguien “llamado al lado de uno, en ayuda de uno” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1985, 1:310). En aquella época, con frecuencia “se usaba en las cortes de justicia para denotar a un asistente legal, un defensor, un abogado” (*ibidem*). Todas estas tres palabras griegas se derivan de raíces cuyo significado es “llamar en ayuda de uno”, lo que implica una solicitud de ayuda.

Por estos significados, podemos ver que cuando *parakletos* se utiliza para describir el Espíritu Santo como un consolador, implica una *fuerza de ayuda* que está disponible para nosotros en casos de necesidad o de problemas. Esto nos da a entender que Dios nos guía y nos ayuda como un abogado, un poderoso “defensor”, como si estuviéramos en un juicio ante una corte legal.

Pablo ilustró esto en 2 Corintios 1. Pero parte del impacto de la descripción que Pablo hace del Espíritu Santo como nuestro Consolador se ha perdido en la mayoría de las traducciones en español. Esto se debe a que las palabras griegas *parakletos*, *paraklesis* y *parakaleo* son difíciles de traducir de una forma adecuada con una sola palabra. Las palabras que utilizan la mayoría de los traductores —*consolador*, *consolación* y *consolar*— no expresan adecuadamente el significado que tienen las palabras en griego.

Para remediar esta deficiencia en la traducción, hemos agregado [indicándolo entre corchetes] la forma adecuada de ciertas palabras y frases. Esto representa más fielmente lo que Pablo quiso expresar:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda [ayuda espiritual divina], el cual nos [ayuda] en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros [ayudar] a los que están en cualquier tribulación, por medio de la [ayuda espiritual] con que nosotros somos [ayudados] por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra [ayuda espiritual]. Pero si somos atribulados, es para vuestra [ayuda espiritual] y salvación; o si somos [ayudados espiritualmente] es para vuestra [ayuda espiritual] y salvación, la cual se opera en el sufrir las mismas aflicciones que nosotros también padecemos. Y nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que así como sois compañeros en las aflicciones, también lo sois en la [ayuda espiritual divina]” (2 Corintios 1:3-7).

Pablo no quería que los corintios olvidaran nunca que tenían acceso y podían confiar en la poderosa ayuda del Creador del universo, quien dijo: “No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (Hebreos 13:5-6).

Dios va mucho más allá de sólo *ayudar* a aquellos que le sirven. Los *inspira* y los *conduce* por medio de su Espíritu. Pablo escribió: “Porque todos los que son *guiados* por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14). Y Pedro explicó que “los santos hombres de Dios hablaron siendo *inspirados* por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

Veamos ahora cómo es que Dios ha guiado e inspirado a sus siervos a lo largo de las épocas.

EL ESPÍRITU DE DIOS ANTES DEL COMIENZO DE LA IGLESIA

¿Dónde se menciona por primera vez el Espíritu de Dios en la Biblia?

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra . . . y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:1-2).

En el primer capítulo de la Biblia se mencionan los poderosos efectos del Espíritu Santo. En los versículos que siguen se describe cómo Dios, por el poder de su Espíritu, formó los cielos, la tierra y todo lo que hay en ellos. “Su espíritu adornó los cielos . . .” (Job 26:13).

Dios entonces hizo a los seres humanos “a su imagen” (Génesis 1:26-28). Colocó al primer hombre y a la primera mujer en el huerto del Edén, en donde podían haber comido del árbol de la vida (Génesis 2:9).

Jesús enseñó que la “vida” —vida eterna— estaba disponible solamente por medio del Espíritu de Dios (Juan 6:63). Pablo explicó que “si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús *vivificará* también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:11). Por tanto, el árbol de la vida representa *el poder vivificador* del Espíritu de Dios.

Desde luego, Adán y Eva tuvieron la oportunidad de tomar otra decisión. Lamentablemente, en su propio detrimento escogieron comer del otro árbol. Como resultado de la influencia de Satanás, decidieron tomar del fruto del “árbol de la *ciencia* del bien y del mal”. Ese árbol representaba la decisión de determinar ellos mismos lo que es el bien y lo que es el mal. Trágicamente, no entendieron que el *conocimiento* adquirido tan sólo por la experiencia humana no es suficiente. En el aspecto espiritual, la diferencia entre el bien y el mal es algo que trasciende de la experiencia humana; es *conocimiento* que tiene que ser revelado por Dios. Al mismo tiempo, Adán y Eva rechazaron el poder que les hubiera permitido someter y controlar la naturaleza humana; ese poder estaba representado por el fruto del árbol de la vida (Génesis 2:16-17; 3:6). Así, con Adán y Eva la historia de los seres humanos comenzó *sin la presencia activa de Dios* en sus vidas. Ellos no tenían el poder y la ayuda del Espíritu Santo.

Para el tiempo de Noé, ¿cómo había afectado la decisión de Adán y Eva a sus descendientes?

“Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra” (Génesis 6:11-12).

Sin el Espíritu de Dios, los seres humanos no pueden controlar su naturaleza carnal. Para tener esta clase de control hace falta algo más que el conocimiento. Se requiere la ayuda de Dios por medio de su Espíritu. Pero no fue hasta que Cristo muriera para pagar por los pecados de la humanidad que Dios nuevamente comenzaría a ofrecer su Espíritu a todos aquellos que vinieran a él con una actitud de arrepentimiento.

¿Cómo acostumbraba Dios comunicarse con la humanidad después de que Satanás engañara a Adán y Eva?

“... los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20-21).

Aunque la humanidad en general no tenía acceso al Espíritu Santo, Dios lo dio a algunos siervos escogidos que lo representaban. Dios también inspiró que algunos de sus mensajes fueran preservados para nosotros en las páginas de la Biblia.

¿Escuchó la humanidad a estos mensajeros proféticos inspirados por el Espíritu de Dios?

“Y les envió profetas para que los volvieresen al Eterno, los cuales les amonestaron; mas ellos no los escucharon” (2 Crónicas 24:19; comparar con Génesis 6:5; Nehemías 9:26).

Entonces, como ahora, la mayoría de las personas no hicieron caso a los mensajeros de Dios. Asimismo, en la actualidad la mayoría no quiere prestar atención a las advertencias escritas en la Biblia. Las actitudes humanas hacia la palabra de Dios no han cambiado.

Cuando Dios comenzó a trabajar con Noé, ¿a qué conclusión había llegado en cuanto a la humanidad?

“Y dijo el Eterno: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años” (Génesis 6:3).

En la época de Noé la resistencia a todo lo que Dios tratara de enseñar a los seres humanos era tan fuerte, que decidió darle a la humanidad tan sólo 120 años antes de destruirla, dejando únicamente la familia de Noé. La destrucción que ocurrió llegó a conocerse como el diluvio de Noé.

Después del diluvio, Dios llamó y utilizó a Abraham. Luego utilizó a uno de sus hijos, un nieto y un tataranieto. Varias generaciones más adelante comenzó a trabajar con la nación de Israel, la que inició con algunos de los descendientes de Abraham.

¿Se comunicaba Dios con Israel por medio de su Espíritu en los profetas?

“Y enviaste tu buen Espíritu para enseñarles, y no retiraste tu maná de su boca, y agua les diste para su sed. Los sustentaste cuarenta años en el desierto; de ninguna cosa tuvieron necesidad; sus vestidos no se envejecieron, ni se hincharon sus pies” (Nehemías 9:20-21, comparar con el versículo 30).

Era tan sobrecogedora la tarea de tratar de guiar al pueblo de Israel, que Moisés, aunque era el único hombre que en esa época tenía el Espíritu Santo, se quejó a Dios: “No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía” (Números 11:14).

“Entonces el Eterno dijo a Moisés: Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales; y tráelos a la puerta del tabernáculo de reunión, y esperen allí contigo. Y yo descen-

deré y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo” (vv. 16-17).

Dios les dio a algunos de los dirigentes principales en Israel una parte de la misma ayuda y poder divino que le había dado a Moisés para que pudieran ayudar a guiar a la nueva nación. Esto ocurrió durante los 40 años del peregrinaje de los israelitas por el desierto, antes de entrar en la Tierra Prometida.

Después de la época de Moisés, ¿continuó Dios dando su Espíritu a los dirigentes y profetas de Israel?

“Y el espíritu del Eterno vino sobre él [Otoniel], y juzgó a Israel . . .” (Jueces 3:10).

A medida que transcurrió el tiempo, Dios dio su Espíritu a otros líderes de Israel. Entre ellos podemos contar a Gedeón, Jefté, Saúl y David (Jueces 6:34; 11:29; 1 Samuel 11:6; 16:13-14). Pero con unas pocas excepciones, el pueblo nunca se volvió a Dios con todo su corazón. Finalmente su rebelión fue tan grande y el rechazo de las leyes de Dios tan evidente, que la gran mayoría de ellos fueron llevados cautivos por los imperios de Asiria y Babilonia.

¿Explicó Dios por qué finalmente envió a las tribus de Israel a la cautividad?

“Pero no quisieron escuchar, antes volvieron la espalda, y taparon sus oídos para no oír; y pusieron su corazón como diamante, para no oír la ley ni las palabras que el Eterno de los ejércitos enviaba por su Espíritu, por medio de los profetas primeros; vino, por tanto, gran enojo de parte del Eterno de los ejércitos . . . los esparcí con torbellino por todas las naciones que ellos no conocían . . .” (Zacarías 7:11-14).

Después que los israelitas demostraron con su larga historia de desobediencia que la guía y el liderazgo de los dirigentes y profetas llenos del Espíritu Santo no lograrían cambiar sus corazones, Dios comenzó a revelar sus planes para una época que aún pertenecía al futuro lejano.

LA PROMESA DE DIOS DE UNA NUEVA ERA

¿Prometió Dios que un descendiente de David, lleno del Espíritu, dirigiría y juzgaría a su pueblo?

“Saldrá una vara [Jesucristo] del tronco de Isaí [padre del rey David], y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu del Eterno; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Eterno. Y le hará entender diligente en el temor del Eterno. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura” (Isaías 11:1-5).

¿Cómo cambiará Dios el corazón del hombre?

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra . . . y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios” (Ezequiel 36:26-28; comparar con Isaías 59:20-21).

El Espíritu Santo no sustituye el conocimiento del bien y del mal que proviene de los mandamientos y las leyes de Dios. En lugar de ello, por medio de su Espíritu, Dios nos da el poder que necesitamos para obedecerlo y hacer su voluntad.

¿Ha prometido Dios ofrecer su Espíritu a todos?

“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne . . .” (Joel 2:28).

Dios tiene un plan a largo plazo para cambiar la naturaleza humana y abrir la puerta a fin de que toda la humanidad pueda recibir su Espíritu. La puerta fue cerrada cuando Adán y Eva lo rechazaron a él y escogieron el árbol del conocimiento del bien y del mal. Esa puerta es la clave del cambio; es también la clave de una nueva relación que las personas pueden tener con Dios. Esa relación se basa en el arrepentimiento, la sumisión a Dios, y la aceptación del sacrificio de su Hijo, Jesús el Mesías, para el perdón de los pecados.

¿Se ha comprometido Dios a lograr este cambio universal?

“He aquí que vienen días, dice el Eterno, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá . . . Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Eterno; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Eterno; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:31-34).

Dios ha decidido que su Espíritu estará disponible para todas las tribus de Israel, una nación restaurada en el futuro con todos los descendientes de Abraham por medio de su nieto Jacob. En esa época utilizará el ejemplo de su pueblo para enseñar a otras naciones cómo deben arrepentirse para que puedan recibir el Espíritu Santo.

“Por tanto, así ha dicho el Eterno el Señor: Ahora volveré la cautividad de Jacob, y *tendré misericordia* de toda la casa de Israel, y me mostraré celoso por mi santo nombre. Y ellos sentirán su vergüenza, y toda su rebelión con que prevaricaron contra mí, cuando habiten en su tierra con seguridad, y no haya quien los espante; cuando los saque de entre los pueblos, y los reúna de la tierra de sus enemigos, y sea santificado en ellos ante los ojos de muchas naciones. Y sabrán que yo soy el Eterno su Dios, cuando después de haberlos llevado al cautiverio entre las naciones, los reúna sobre su tierra, sin dejar allí a ninguno de ellos. Ni esconderé más de ellos mi rostro; porque *habré derramado de mi Espíritu sobre la casa de Is-*

rael, dice el Eterno el Señor” (Ezequiel 39:25-29).

¿Qué influencia ejercerá en las demás naciones esta nueva Israel, un pueblo guiado por el Espíritu de Dios?

“Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno” (Isaías 2:3).

A medida que los frutos del Espíritu Santo —tales como armonía, cooperación y preocupación por otros— se multipliquen en la nueva Israel, otra vez constituida como nación, las demás naciones verán los resultados y querrán participar de ello. Vendrán a Jerusalén para buscar guía. “Así ha dicho el Eterno de los ejércitos: En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros” (Zacarías 8:23). Esto, por supuesto, sólo podrá ocurrir después del retorno de Jesús.

¿Qué tenía que suceder antes de que Dios pudiera ofrecer su Espíritu a toda la humanidad?

“Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso . . . Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 Pedro 2:6-10).

Dios tenía que enviar primero a Jesús como su Hijo, como ser humano, para que se convirtiera en el Redentor y Salvador de la humanidad. Jesús tuvo que morir para hacer posible el perdón de los pecados a fin de que el Espíritu Santo pudiera ser dado a todos aquellos que se arrepintieran. Después, él tendría que establecer su iglesia (Mateo 16:18) para que hubiera un “*real sacerdocio*” (1 Pedro 2:9), capacitado y listo para ayudarlo a enseñar los caminos de Dios cuando regrese a establecer su reino. Por eso es que Dios ahora, por medio del poder de su Espíritu, está convirtiendo y preparando un “pueblo adquirido”, como miembros de la iglesia que Jesús estableció.

¿Estaba relacionado el nacimiento de Jesús con los planes de Dios para los descendientes de Jacob que todavía no se han llevado a cabo?

“Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lucas 1:30-33).

¿Tuvo el Espíritu Santo un papel fundamental en el nacimiento y la misión de Jesús?

“Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35).

“Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano” (Juan 3:34-35).

Los cuatro relatos de la vida y obra de Jesús, los *evangelios*, atribuyen sus poderes divinos al poder del Espíritu Santo. Por ejemplo, “fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo” y resistió exitosamente esas tentaciones (Mateo 4:1-11). “Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea . . . Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo [el sábado] entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías . . .” (Lucas 4:14-17).

¿Aplicó Jesús las profecías de Isaías a su propia misión?

“ . . . Y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:17-21; comparar con Isaías 61:1-2).

Jesús anunció el comienzo de su ministerio en la sinagoga de Nazaret, donde se había criado, en un día sábado. Lo hizo al leer la profecía relativa al Mesías que se encuentra en Isaías 61:1-2. Luego, confirmó que él era aquel de quien Isaías había profetizado. Confirmó que había sido *ungido por Dios con el Espíritu Santo* como el Mesías y que este Espíritu lo estaba fortaleciendo para comenzar su ministerio y proclamar el evangelio.

Sin embargo, Jesús leyó tan sólo la porción de la profecía de Isaías que se aplica a su *primera* venida. La misma profecía también describe lo que hará cuando regrese: “. . . a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío del Eterno, para gloria suya. Reedificarán las ruinas antiguas . . .” (vv. 3-4).

Lo que Dios comenzó en aquella época en Jesucristo, por medio del poder del Espíritu Santo, era sólo el *principio* de lo que logrará por medio de su Espíritu. En Apocalipsis 22:16 leemos: “Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana”. Juan, el autor del Apocalipsis, continúa diciendo: “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el

que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (v. 17).

Este mensaje, en el último capítulo de la Biblia, invita a todas las personas a participar del Espíritu de Dios y deleitarse con sus frutos. Sólo sus frutos pueden satisfacer la sed espiritual y los deseos de los seres humanos. La obra de preparar a la humanidad para recibir el Espíritu Santo comenzó con la primera venida de Jesús.

Veamos ahora cómo Dios está utilizando su Espíritu para preparar a los pocos que está llamando ahora para ser la *luz del mundo*, no sólo en la actualidad sino también en el futuro, cuando serán *reyes y sacerdotes* que ayudarán a Jesús a convertir a todo el mundo.

EL ESPÍRITU SANTO EN LA IGLESIA

¿Qué tan importante es el Espíritu Santo en nuestra relación con Dios el Padre y con Jesucristo?

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:14-17).

Sólo aquellos que tienen a Dios el Padre y a Jesús el Hijo morando en ellos por medio del Espíritu Santo, son “hijos de Dios”.

Notemos que Dios *guía* a sus hijos por medio de su Espíritu. No los *obliga*. El Espíritu de Dios les da el poder sólo a aquellos que *escogen* obedecerlo. Esto explica por qué Pablo escribió: “*No reine*, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Romanos 6:12-13).

Lo que Pablo dijo es que Dios, por medio de su Espíritu, *nos ayudará* para que vivamos justamente. Si respondemos, él pondrá en nosotros más y más de su naturaleza divina y su carácter. Pero *no nos obligará*. Debemos confiar en que nos ayudará, y así podremos *actuar en fe*. A medida que necesitemos más fe, él la proveerá (Efesios 2:8; comparar con Salmos 1:1-3).

¿Es posible ser un verdadero cristiano sin tener el Espíritu Santo?

“Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muer-

tos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:8-11).

Quienquiera que afirme ser un seguidor *convertido* de Cristo, pero no se ha arrepentido de verdad ni ha recibido el Espíritu Santo, está totalmente equivocado acerca de su condición a los ojos de Dios. Semejante perspectiva proviene de sus propios sentimientos, deseos e impulsos carnales, porque “el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (Gálatas 5:17).

Notemos que Pablo dijo que el Espíritu Santo procede tanto del Padre como de Jesús. Las Escrituras nos muestran que el poder espiritual divino está disponible para nosotros, procedente de cualquiera de los dos. Pero está representado como el mismo Espíritu, sin distinción. Como Pablo explica: “. . . un Espíritu, como también fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación” (Efesios 4:4).

¿Por qué, además de la fortaleza espiritual, necesitamos el Espíritu Santo?

“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 Corintios 2:12-13).

Jesús les dijo a sus discípulos: “. . . a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos [los que no son sus discípulos] no les es dado” (Mateo 13:11).

Sin el Espíritu de Dios nadie puede comprender totalmente las Sagradas Escrituras. La ayuda de Dios, por medio de su Espíritu, es esencial para que podamos alcanzar ese grado de entendimiento.

¿Debemos pedirle a Dios que nos guíe por medio de su Espíritu, para poder entender correctamente las Escrituras?

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11:13).

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas . . .” (Juan 14:26).

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad . . .” (Juan 16:13).

En estos pasajes podemos ver muy claramente que Dios nos guía, y lo hace por medio de su Espíritu.

¿Espera Dios que maduremos y crezcamos espiritualmente?

“Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina . . . sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:14-15).

“Así que vosotros, oh amados . . . guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo . . .” (2 Pedro 3:17-18).

La letra y el espíritu de la ley

Las enseñanzas de Jesús de Nazaret son revolucionarias, no porque él haya anulado las leyes reveladas de Dios, sino porque las amplió, expandiendo y explicando su sentido espiritual.

Veamos cómo en sus palabras tan conocidas del Sermón del Monte enseñó acerca de la ley de Dios: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir” (Mateo 5:17). Jesús habló claramente: la ley de Dios no iba a ser abolida. Y según sus propias palabras, quienquiera que enseñe lo contrario, lo contradice directamente y va a tener que afrontar serios problemas (vv. 18-19).

Algunas personas suponen y enseñan que no necesitamos guardar la ley porque Jesucristo ya la “cumplió”. Pero malentenden fundamentalmente las palabras de Jesús. La palabra *cumplir* de este pasaje significa “hacer lleno, llenar hasta arriba” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1985, 2:339). La misma palabra se aplica en el ejemplo de la red que estaba llena de peces en Mateo 13:48. De la misma forma en que un pescador llena su red con peces, Jesús “llenó” completamente la ley de Dios. Guardó perfectamente los 10 mandamientos, incluyendo la *intención o sentido espiritual* de las leyes de Dios y cómo debemos aplicarlas.

¿Cómo amplió Jesús la ley, mostrándonos la profundidad de su intención espiritual? Veamos un ejemplo en Mateo 5:27-28: “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que

cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”.

Según el séptimo mandamiento, el adulterio es un acto inmoral; es pecado (Éxodo 20:14). Sin embargo, el *enunciado literal* de este mandamiento —la *letra* de la ley (2 Corintios 3:5-6)— no refleja la *intención* de Dios en su totalidad. Jesús mostró que el espíritu de la ley —su propósito espiritual— es muchísimo más amplio que la letra y abarca aun los *pensamientos* que tenemos hacia otros. Según lo que él enseñó, los pensamientos lujuriosos son adulterio mental, emocional y espiritual y, por lo tanto, son contrarios al principio básico de la voluntad de Dios, que es amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:39).

También amplió la intención espiritual del sexto mandamiento, que prohíbe el asesinato (Éxodo 20:13). “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás, y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:21-22). Jesús explicó que la ira descontrolada o injustificada puede quebrantar el espíritu del sexto mandamiento.

Luego continuó: “Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera . . . Pero sea vuestro

“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2).

Cuando recibimos el Espíritu de Dios no somos más que infantes espirituales. Pero debemos empezar a crecer aprendiendo rápidamente lo básico del camino de vida de Dios, desarrollándonos al ingerir la leche de su palabra. Si así lo hacemos, él obrará en nosotros por medio del Espíritu Santo para *transformar* nuestra vida.

¿Es necesario un esfuerzo de nuestra parte?

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15).

“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (Filipenses 2:12).

“Hijo mío, si recibiereis mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor del Eterno, y hallarás el conocimiento de Dios” (Proverbios 2:1-5).

Dios espera que *estudiemos* las Sagradas Escrituras para que podamos *entenderlas* correctamente. Quiere que aprendamos a aplicar efectivamente su palabra en nuestra vida diaria. Las Escrituras nos dicen que “el alimento sólido es

para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5:14).

En contraste, a los que son negligentes con el crecimiento espiritual les dice: “Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los *primeros rudimentos* de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es *inexperto* en la palabra de la justicia, porque es niño” (vv. 12-13). A medida que aumenta nuestro conocimiento de las Escrituras, también debe aumentar nuestra capacidad de *aplicar adecuadamente* sus principios espirituales.

Leamos la oración que Pablo hizo por los hijos convertidos de Dios: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser *fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis *plenamente capaces de comprender* con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, *para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios*” (Efesios 3:14-19).

Pablo oró para que Dios les ayudara a sus hijos a discernir su voluntad, a *comprender la intención* de su palabra. Por medio de su Espíritu, Dios nos ayuda a incorporar este entendimiento a nuestro carácter, para que se vaya moldeando según su carácter, su *naturaleza divina* (2 Pedro 1:4). Con nuestra colaboración, él escribe en nuestros corazones y mentes los principios inherentes a sus leyes (Hebreos 8:10).

hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede” (vv. 33-37).

La enseñanza de Jesús acerca de los juramentos nos ilustra otro aspecto de aplicar el espíritu de la ley en lugar de aplicar sólo la letra de los mandamientos bíblicos. En este ejemplo el *principio espiritual* que resalta de la ley exige que aquellos que sirven a Dios sean honestos en todo lo que digan. No debe ser necesario prestar juramento para demostrar que las palabras son honestas y sinceras. Por lo tanto, el mandamiento que nos dice: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio” (Éxodo 20:16) debe implicar para nosotros mucho más que sólo decir la verdad ante el compromiso de un juramento previo. Con la ampliación que Jesucristo le hace en el Nuevo Testamento, este mandamiento exige mucho más de nosotros, pues nos ordena: “No juréis en ninguna manera”.

Con la ayuda de su Espíritu, Dios nos permite discernir la *intención* de la ley, que se extiende mucho más allá de la letra —el enunciado literal— escrito originalmente en los cinco libros de la ley, que son los cinco primeros libros de la Biblia. Dios espera que analicemos situaciones específicas a las que se refiere la ley escrita, a fin de discernir los principios que hay en esas leyes de acuerdo con el *espíritu* y la intención de toda la palabra de Dios, tal como fue ampliada por Jesús y sus apóstoles.

Esto requiere una sabiduría y un equilibrio espiritual que sólo podemos tener si somos guiados por el Espíritu de Dios. Aquellos que no tienen el Espíritu de Dios simplemente no tienen este discernimiento. En vez de esto, su tendencia natural es ser hostiles a la ley de Dios (Romanos 8:7) y percibirla como “locura” (1 Corintios

2:14). No la perciben como una revelación de la sabiduría de Dios que debe entenderse y usarse correctamente (2 Timoteo 2:15).

Por medio de su Espíritu Dios nos ayudará a comenzar a discernir cómo aplicar los principios que se encuentran en las Escrituras, de tal forma que podamos discernir y *comprender* cabalmente su aplicación correcta. Esto significa que los parámetros de nuestra conducta deben ser aún más altos que los expresados por las palabras literales —la letra de las leyes— que se encuentran en el Antiguo Testamento.

Jesús ilustró esto con otros dos ejemplos. Primero explicó: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos [que se enorgullecían de obedecer la letra de la ley], no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 5:20; comparar con Lucas 18:11).

Además enseñó: “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lucas 17:10). Nuestra justicia debe exceder la letra de la ley. Para ser siervos útiles para Dios, es necesario que empecemos a discernir y a aplicar en nuestra obediencia a él los *principios fundamentales* (tales como fe, esperanza, amor, justicia, buen juicio y misericordia) en los que está basada la palabra de Dios.

Dios nos da su Espíritu para que podamos discernir adecuadamente y aplicar los *principios espirituales*, la *intención*, de las Sagradas Escrituras. (Si desea entender más acerca del fundamento espiritual y la intención de las leyes de Dios, no vacile en solicitar nuestro folleto gratuito *Los Diez mandamientos*; o si lo prefiere, puede descargarlo directamente de nuestro portal en Internet.) □

El maravilloso proceso de desarrollo de carácter es un *milagro*. Jamás podríamos lograrlo por nosotros mismos. Fue por eso que Pablo escribió: “Porque por gracia [el amoroso don de Dios] sois salvos por medio de la fe; y *esto no de vosotros, pues es don de Dios*; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque *somos hechura suya*, creados en Cristo Jesús *para buenas obras*, las cuales Dios preparó de antemano *para que anduviésemos en ellas*” (Efesios 2:8-10).

Ningún esfuerzo de nuestra parte, a menos que esté acompañado por el poder del Espíritu de Dios, podría alguna vez darnos las características que Dios quiere que tengamos. Pero con su Espíritu trabajando en nosotros, podemos convertirnos en su *obra maestra*, capaces de hacer las *obras* que verdaderamente lo complazcan. Podemos saber cuáles son estas obras justas, porque Dios nos ayuda, por medio del poder de su Espíritu, a discernir cómo guardar el espíritu (la verdadera intención) de “toda palabra de Dios” (Lucas 4:4).

¿Cómo define la Biblia las “buenas obras” en que debemos “andar”?

“Sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10:35).

“¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabiduría mansedumbre” (Santiago 3:13).

“Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14).

“Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tito 1:16).

Ninguna obra de “iniquidad” puede ser catalogada como una “buena obra”. Más bien, alguien que “hace justicia” también es conocido por su “buena conducta”. Jesús hizo énfasis en esta verdad cuando dijo: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, *hacedores de maldad*” (Mateo 7:22-23).

En contraste, por medio del poder del Espíritu Santo, Dios escribe sus leyes en *nuestros corazones y mentes*, permitiéndonos obedecer las Escrituras (Hebreos 10:15-16; Ezequiel 36:26-27). Con relación a eso Pedro escribió: “como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pedro 1:14-15).

Las obras justas son simplemente la aplicación de los *principios* que encontramos en la Biblia, realizados con la ayuda y la guía del Espíritu Santo. Por lo tanto, como Jesús dijo: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios” (Lucas 4:4). Sin embargo, para poder hacerlo de una manera constante, necesitamos que Dios obre en nosotros por medio de su Espíritu.

UNA NUEVA CREACIÓN EN CRISTO

¿Cómo describe Pablo a los que, después del bautismo, son transformados por el Espíritu Santo?

“No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:9-10).

“Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:26-27).

“A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Cuando nuestras mentes y corazones son transformados por el Espíritu Santo, “nos revestimos” de Cristo. Pablo describió este dramático cambio en nuestras mentes y corazones como Jesucristo viviendo en nosotros. Como hijos de Dios, realmente nos convertimos en una *nueva creación* “en Cristo”. Dios nos hace parte de su verdadera familia, sus hijos e hijas (2 Corintios 6:18).

¿Qué responsabilidades tienen aquellos que están siendo transformados?

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24).

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la misma manera que Cristo os perdonó, así también haceldlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto” (Colosenses 3:12-14).

Dios puede y está decidido a crear en nosotros su propia naturaleza divina (2 Pedro 1:4). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos *justicia de Dios en él*” (2 Corintios 5:21).

Los dos primeros capítulos del Génesis explican brevemente cómo creó Dios el universo físico y al primer hombre y a la primera mujer. Pero ahora está trabajando en una obra más importante: la creación del *carácter justo* en sus hijos e hijas. Por esto es que para empezar este proceso en nosotros es tan importante nuestro arrepentimiento genuino y de todo corazón. Tenemos que querer, con todo nuestro corazón, que haga de nosotros *una nueva persona*.

¿Por qué es tan importante nuestra participación?

La creación del carácter justo es un proceso que requiere nuestra participación. Dios nos da el conocimiento y todo el poder que necesitamos, pero nosotros somos los que debemos tomar la *decisión* de vivir de una manera recta y justa. Sin nuestra decisión, hecha libremente, seríamos tan sólo autómatas, funcionando como unos robots programados con anticipación. Dios no desea esto.

Dios quiere que seamos sus propios hijos y que compartamos sus principios y valores. Quiere que apliquemos sus principios para tomar las mismas decisiones que él tomaría. ¿Por qué? Porque quiere que heredemos “todas las cosas”, que compartamos toda su creación con él. Como leemos en Apocalipsis 21:7: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo”.

Veamos la vehemencia con que Pablo describe la herencia que Dios tiene para nosotros: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:16-18).

Para Dios nada es tan importante como nuestro desarrollo espiritual. Este desarrollo es esencial para que podamos recibir la increíble herencia que Dios tiene guardada para nosotros como sus hijos: “Pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos; todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra . . .” (Hebreos 2:6-9).

¿Fue Jesús como Dios quiere que seamos nosotros los seres humanos?

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:28-29).

Dios predeterminó, en su plan maestro, que su Hijo fuera el *modelo* para nuestro desarrollo. O, como Pablo lo dijo, Dios “nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús *antes de los tiempos de los siglos*” (2 Timoteo 1:9).

Si estamos “en Cristo”, nos estamos *conformando* a su “imagen”, así como “él es la *imagen* del Dios invisible, el *primogénito* de toda creación” (Colosenses 1:15). Nuestro crecimiento espiritual debe continuar “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la

plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Por lo tanto, “así como hemos traído la *imagen* del terrenal, traeremos también la *imagen* del celestial” (1 Corintios 15:49).

¿Podemos finalmente llegar a ser como el Cristo glorificado?

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él . . .” (1 Juan 3:2).

¿Cómo debe motivarnos el conocimiento de nuestro asombroso potencial?

“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3).

Conocer el plan eterno de Dios para nosotros debe inspirarnos a purificar nuestros corazones y motivaciones. Jesús dijo: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8), y Santiago explicó: “Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (Santiago 3:17).

¿Qué corazón y pensamientos debemos emular?

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:5).

Pablo acababa de describir varias características fundamentales de la mente de Cristo, su actitud hacia los demás. Enfatizó primero que si “en Cristo” hay “alguna comunión del Espíritu”, esto debe motivarnos a compartir “el mismo amor” los unos por los otros. “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (vv. 1-2).

Luego explicó la motivación correcta de todas nuestras relaciones interpersonales: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (vv. 3-4). Necesitamos pensar con el mismo amor y humildad que había en la mente de Jesús.

EL FRUTO DEL ESPÍRITU

¿Podemos mezclar habitualmente la justicia con la injusticia y complacer a Dios?

“Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego” (Mateo 7:19).

“En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: Todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (1 Juan 3:10).

Las Escrituras nos revelan que en ocasiones los hijos de Dios cometemos pecados después del bautismo (1 Juan 1:8). Pero si deseamos continuar gozando de la gracia de Dios, no sólo debemos confesárselos, sino también pedirle “limpiarnos de toda maldad” (v. 9). No podemos complacer a Dios si *deliberadamente practicamos el pecado*.

Sin embargo, es posible que algunos hábitos estén tan fuertemente arraigados desde nuestra niñez, que no podemos vencerlos solos. Las víctimas de un abuso continuo durante la adolescencia son un ejemplo de esto. Los efectos de estos pecados tienden a causar una gran debilidad en las víctimas, y se puede requerir un largo período de ardua lucha antes de poder vencerlos. Pablo describe nuestra tarea de esta forma: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros . . .” (Colosenses 3:5). Podemos lograrlo sólo con el poder del Espíritu de Dios.

Santiago plantea los requisitos de Dios de esta manera: “¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce. ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa” (Santiago 3:11-16).

¿Cómo se distinguen los verdaderos siervos de Dios de los que todavía son parte de este mundo?

“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos” (Mateo 7:16-17; comparar con Filipenses 1:9-11).

¿Qué fruto debe producir en nosotros el Espíritu de Dios?

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza . . .” (Gálatas 5:22-23).

Cada aspecto del “fruto” que aparece en esta lista es simplemente un reflejo del carácter de Dios que se reproduce en nosotros por medio de su Espíritu.

¿Qué tan importante es el amor, como un aspecto del fruto del Espíritu, para nuestro crecimiento espiritual?

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35).

“ . . . El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

Cómo avivar el Espíritu

El apóstol Pablo amonestó a los miembros de una de las iglesias que había fundado: “No apaguéis al Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19). También exhortó al joven evangelista Timoteo: “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:6-7).

Pablo comparó el Espíritu de Dios con una llama de fuego que podía apagarse. Animó a Timoteo para que avivara esa llama hasta que produjera abundante fuego. Sabía que uno debía estar alerta para no descuidar el Espíritu de Dios y permitir que ese fuego se enfriara.

¿Cómo podemos mantener el valor, la fuerza y el amor que Dios nos da por medio de su Espíritu? ¿Qué podría apagar nuestro primer amor y entusiasmo por acercarnos a Dios y permitirle cambiar activamente nuestras vidas? Encontramos la respuesta en varios pasajes bíblicos.

Pablo nos dice: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, *tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir* en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (Efesios 6:10-13).

Satanás hará todo lo que esté a su alcance para desanimarnos, inducirnos a sentirnos tan desilusionados y temerosos que abandonemos nuestra confianza en Dios. ¿Qué quiso decir entonces Pablo cuando dijo que para defendernos debíamos vestirnos con “toda la armadura de Dios”? ¿Qué podemos hacer para resistir actitudes contraproducentes como temor, apatía y desánimo?

Pablo continúa: “Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la *verdad*, y vestidos con la coraza de *justicia*, y calzados los pies

con el apresto del *evangelio de la paz*. Sobre todo, tomad el escudo de la *fe*, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la *salvación*, y la espada del *Espíritu*, que es la *palabra de Dios*” (vv. 14-17).

Nos dice que necesitamos mantenernos en la verdad que hemos aprendido, esforzándonos por vivir una vida justa sin importar las circunstancias. También debemos hacer nuestra parte en la predicación del evangelio verdadero, sin perder de vista la vida eterna como nuestra meta, y utilizar la palabra de Dios como la espada que desenmascara todos los engaños.

Pero es igualmente importante lo que menciona después: “*orando* en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello *con toda perseverancia y súplica* por todos los santos; y *por mí*, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar” (vv. 18-20).

Nuestra capacidad para mantenernos espiritualmente fuertes y activos depende mucho de cuánto confiemos en Dios. Nuestra línea de comunicación para pedir su ayuda es la *oración*.

Pablo y sus colaboradores oraban no sólo por sus propias necesidades, sino también para que Dios ayudara a que otros se convirtieran como resultado de la obra que estaban haciendo. “Por lo cual asimismo *oramos siempre* por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1:11-12).

También los animó a que oraran no sólo por sí mismos sino también por él y sus colaboradores en la fe: “*Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros*, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual

Dios es amor (1 Juan 4:8). El amor es el fundamento de su carácter. Pablo describe la forma en que el amor de Dios *transforma* nuestro carácter: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser . . .” (1 Corintios 13:4-8). Todos los demás aspectos del fruto del Espíritu son simplemente expresiones específicas del amor divino.

Para complacer a Dios, ¿es suficiente amar a los que nos aman?

“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:43-45).

Al explicar que no sólo deberíamos amar a nuestros amigos y familiares, sino incluso a aquellos que no nos aman, Je-

sús nuevamente hizo énfasis en nuestra necesidad de la ayuda especial del Espíritu de Dios. Por naturaleza tendemos a que no nos gusten las personas que no nos quieren, y queremos a los que nos quieren. Pero esto simplemente es devolver mal por mal. En lugar de ello se nos dice: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12:21).

Las Escrituras nos enseñan que el amor es una deuda que siempre tendremos: “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Romanos 13:8-9). El amor es la base de todos los mandamientos de Dios (Mateo 22:35-40). (Para una explicación más detallada de *cómo* la ley de Dios es una ley de amor, no vacile en solicitar nuestro folleto gratuito *Los Diez Mandamientos*; o si lo prefiere, puede descargarlo de nuestro portal en Internet.)

¿Cuáles son algunas de las formas más importantes en que debemos expresar el fruto del gozo?

“Pero alégrense todos los que en ti confían; den voces de júbilo para siempre, porque tú los defiendes;

también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar” (Colosenses 4:2-4).

Pablo quería especialmente que oraran por el éxito en su labor de proclamar el evangelio y su servicio a la Iglesia de Dios.

“Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea aceptada” (Romanos 15:30-31).

Una clave para mantener activo el Espíritu de Dios en nosotros es mantener nuestras mentes concentradas en la perspectiva general de lo que Dios está haciendo. Si nos preocupamos demasiado por nosotros y nuestros problemas, nos volvemos más vulnerables a las influencias negativas de Satanás. Pablo exhortó a los nuevos conversos a considerarse parte de *la gran obra que Dios está llevando a cabo*. Siendo la persona que tenía a cargo la predicación del evangelio en esa región, los animó para que por medio de la oración lo respaldaran con entusiasmo.

Les explicó por qué eran tan importantes sus oraciones: “Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré, de tan gran muerte; cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos” (2 Corintios 1:8-11).

Pablo mencionó su gran preocupación por aquellos que se convirtieron durante su ministerio. “Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora; estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:3-6).

Es importante mantener viva y activa nuestra confianza en Dios. Algunas veces es necesario que ayunemos además de orar, para poder avivar nuestro celo y renovar nuestra dedicación y compromiso con él. El rey David escribió: “Afligí con ayuno mi alma” (Salmos 35:13). Ayunar es abstenernos de comer alimentos y de tomar líquidos por cierto período de tiempo, con el fin de que nuestras mentes estén conscientes de que no somos autosuficientes. Ayunar nos ayuda a comprender lo frágiles que somos, y cuánto dependemos de las cosas externas y que con frecuencia damos por sentado, tales como la comida y la bebida.

La Biblia registra que grandes hombres de fe, tales como Moisés, Elías, Daniel, Pablo y Jesús mismo, ayunaron para acercarse a Dios (Éxodo 34:28; 1 Reyes 19:8; Daniel 9:3; 10:2-3; 2 Corintios 11:27; Mateo 4:2).

En cierta ocasión algunas personas le preguntaron a Jesús: “¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?” Él les respondió: “¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto tienen consigo al esposo, no pueden ayunar. Pero *vendrán días* cuando el esposo les será quitado, y entonces en aquellos días ayunarán” (Marcos 2:18-20).

Jesús sabía que sus verdaderos discípulos, cuando ya no lo vieran cerca físicamente con ellos, necesitarían ayunar para renovar su celo de servirle. Necesitarían avivar el don del Espíritu Santo en ellos.

Jesús también explicó el enfoque correcto que debemos tener al ayunar: “Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:16-18).

Santiago nos dice: “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones” (Santiago 4:8). Si oramos constantemente y ayunamos de vez en cuando podemos lograrlo. Podemos avivar y renovar la llama del Espíritu de Dios en nosotros. □

en ti se regocijen los que aman tu nombre. Porque tú, oh Eterno, bendecirás al justo; como con un escudo lo rodearás de tu favor” (Salmos 5:11-12).

“Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo” (1 Tesalonicenses 2:19-20).

“Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros” (Filipenses 1:3-4).

Podemos regocijarnos especialmente al saber que Dios siempre está allí para ayudarnos individualmente, y que también ayudará a nuestros hermanos espirituales en todo el mundo.

Pedro nos anima a regocijarnos de tal forma que honremos a Dios dando un buen ejemplo aun cuando nos maltraten, porque lo estamos sirviendo a él. “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1 Pedro 4:12-13).

Buscar la paz con otros, ¿es un fruto importante del Espíritu de Dios?

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9).

“Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz” (Santiago 3:17-18; ver también Romanos 10:15).

¿Por qué la paciencia es parte del fruto del Espíritu?

“Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz. Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación . . .” (2 Pedro 3:13-15).

Dios no ha revelado cuándo va a ocurrir el fin de esta era y el regreso de Jesucristo (Hechos 1:6-7). Pero en las Escrituras nos exhorta: “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” (Santiago 5:7-8).

Dios tiene una excelente razón para esperar que tengamos paciencia. “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). En su plan maestro de salvación Dios quiere ofrecer una oportunidad para que todo aquel que haya vivido pueda entender su palabra y se arrepienta.

Por lo tanto, quiere que esperemos con paciencia hasta que él actúe de acuerdo con su propio plan. “Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:11-12).

En cuanto a nuestras relaciones interpersonales, también se nos exhorta: “Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:2-3).

Santiago expresa el mismo pensamiento: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia” (Santiago 1:2-3).

¿Debe ser la benignidad parte de nuestro carácter?

“Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12:10).

“. . . Pero tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia . . .” (Nehemías 9:17; comparar con Joel 2:13).

“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32).

¿Es la bondad otra característica de Dios que debemos emular?

“Bueno y recto es el Eterno; por tanto, él enseñará a los pecadores el camino” (Salmos 25:8).

“¿Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!” (Salmos 31:19).

“Bueno eres tú, y bienhechor; enséñame tus estatutos” (Salmos 119:68).

“. . . El fruto del Espíritu es en toda bondad . . .” (Efesios 5:9).

¿Por qué la fe y la fidelidad son frutos esenciales del Espíritu de Dios?

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?” (Lucas 16:10-12).

“Él le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades” (Lucas 19:17).

Las Escrituras nos revelan que después del regreso de Cristo, cuando establezca su reino, los que van a estar con él serán “llamados y elegidos y fieles” (Apocalipsis 17:14). Para participar en su futuro reino, debemos pedirle a Dios que nos fortalezca con el poder de su Espíritu, para que po-

damos ser fieles y cumplir con las obligaciones de ser justos tanto con Dios como con nuestro prójimo.

Otro aspecto importante de la fidelidad es simplemente tener fe en Dios: *confiar* en él implícitamente. “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6). También se nos dice: “Porque por gracia sois salvos *por medio de la fe*; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8). (Si desea profundizar más acerca de la fe que se menciona en la Biblia, no vacile en solicitar nuestro folleto gratuito *Usted puede tener una fe viva*; o si lo prefiere, puede descargarlo de nuestro portal en Internet.)

¿Es la mansedumbre parte del fruto del Espíritu?

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón . . .” (Mateo 11:29).

“Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres” (Tito 3:2).

Tanto Jesús como Pablo hicieron énfasis en que debemos tener una actitud correcta hacia los demás y que la tendremos cuando tengamos una actitud mansa y amable. Pablo les recordó a los tesalonicenses: “Antes fuimos tiernos [mansos] entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos” (1 Tesalonicenses 2:7-8). Dios no quiere que tratemos a los demás de una forma brusca o severa. Su carácter no es así. La naturaleza de Dios es misericordiosa, amable, tierna.

Pedro anima a las mujeres a no fijarse demasiado en su vestimenta, su atavío externo, sino a cultivar “el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un *espíritu afable y apacible*, que es de grande estima delante de Dios” (1 Pedro 3:4). Santiago nos dice que “la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después *pacífica, amable, benigna, llena de misericordia* y de buenos frutos” (Santiago 3:17). Debemos aprender a expresar amor genuino por los demás de una forma amable y considerada.

¿Qué tan importante es el dominio propio como fruto del Espíritu de Dios?

“Algunos días después, viniendo Félix con Drusila su mujer, que era judía, llamó a Pablo, y le oyó acerca de la fe en Jesucristo. Pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix se espantó, y dijo: Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré” (Hechos 24:24-25).

Pablo mencionó el dominio propio, el atributo final de la lista del “fruto del Espíritu” en Gálatas 5:22-23, como una de las tres principales características de su “fe en Jesucristo”, tal como la explicó al gobernador romano en Judea. Lo consideraba tan importante como la justicia y el juicio que vendrá. ¿Por qué es tan importante esta característica?

Una de las razones por las que necesitamos el Espíritu Santo es para ayudarnos a controlar nuestra naturaleza humana. Además de transformar nuestro pensamiento y perspectiva, el Espíritu de Dios nos fortalece para que podamos tener dominio propio y vivir de acuerdo con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras.

¿Por qué necesitamos algo más que sólo conocimiento para someter y controlar nuestra naturaleza humana?

“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:3-4).

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí” (Romanos 7:14-17).

Pablo nos dice que entender lo que es el pecado, el cual debe ser definido por la ley de Dios, no es suficiente para sobreponerse y controlar los deseos y el engaño de nuestra naturaleza humana. Conocer simplemente la ley de Dios no resuelve nuestro problema. La ley de Dios nos da el “conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). Tal conocimiento es fundamental para nuestro crecimiento espiritual. Como Pablo lo confirma —contrario a la creencia que tan popularmente se le atribuye a él— debemos practicar “la justicia de la ley” (Romanos 8:4).

Pero ese no es el tema principal de estos versículos. Más bien, debido a la debilidad de nuestra carne Pablo hace énfasis en que no podemos alcanzar la verdadera justicia por nosotros mismos, por nuestros propios esfuerzos. Sólo cambiando nuestra naturaleza pecaminosa por la naturaleza de Dios podemos sobreponernos al pecado. Necesitamos que nuestro Redentor —Jesús, el Mesías y nuestro Salvador— viva en nosotros (Gálatas 2:20) para que nos libere de nosotros mismos y nos haga justos. Sólo así podemos producir el fruto del Espíritu en forma abundante.

El *fruto* del Espíritu refleja la bondad, la fidelidad y el dominio propio inherentes a la naturaleza de Dios. Si su Espíritu está en nosotros, estas características que son parte del fruto del Espíritu deben también ser parte fundamental de nuestra naturaleza, esto es, en tanto permanezcamos “en Cristo” y continuemos sirviendo a Dios con todo nuestro corazón.

¿Cómo resume Pedro estos elementos espirituales esenciales?

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto

fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:5-11).

Aquí Pedro resalta la importancia de nuestro crecimiento espiritual para poder mantener una relación obediente a Cristo ahora y en el futuro, cuando heredemos la vida eterna.

NUESTRA TRANSFORMACIÓN FINAL

Si tenemos el Espíritu de Dios, ¿qué nos sucederá cuando Jesús regrese?

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20-21).

No deje de leer la descripción que Pablo hace en 1 Corintios 15:50-54 de nuestra transformación final, cuando nuestro cuerpo “corruptible” se convertirá en un cuerpo glorioso, inmortal, espiritual. El apóstol Pedro resumió la transformación de los santos de Dios con estas palabras: “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegásemos a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:3-4).

¿QUÉ SIGUE?

En la lección 10 aprenderemos cómo aquellos que reciben el Espíritu Santo son miembros del Cuerpo de Cristo, la iglesia. Estudiaremos los pasajes bíblicos que definen la Iglesia de Dios y examinaremos su propósito y misión.

Mientras tanto, para un mejor entendimiento de esta lección, le recomendamos que lea los siguientes folletos:

- *Usted puede tener una fe viva*
- *Los Diez Mandamientos*
- *Nuestro asombroso potencial humano*
- *El camino hacia la vida eterna*
- *El evangelio del Reino de Dios*
- *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*

Todas nuestras publicaciones se distribuyen sin costo alguno a quienes las soliciten. □

Temas de reflexión

El propósito de estas preguntas es estimularle a reflexionar acerca de los conceptos expuestos en esta lección y ayudarle a aplicarlos en su vida personal. Le sugerimos que tome el tiempo para escribir sus respuestas a estas preguntas y luego las compare con los pasajes bíblicos indicados. Por favor siéntase con la libertad de hacernos cualesquier comentarios, sugerencias o preguntas que pueda tener.

- ¿Cuáles son algunas formas en que la Biblia describe el Espíritu Santo? (2 Timoteo 1:7; Hechos 2:1-4; Juan 7:37-39; 15:26).
- ¿Inspiró Dios a sus profetas y a otros siervos del Antiguo Testamento por medio de su Espíritu? (Nehemías 9:20; 2 Pedro 1:20-21). ¿Los escuchó el pueblo? (Nehemías 9:30; Zacarías 7:11-12).
- ¿Cómo se propone Dios cambiar el corazón humano? (Ezequiel 36:26-28; Jeremías 31:31-34).
- ¿Qué tan importante es el Espíritu Santo en nuestra relación con Dios el Padre y con Jesucristo? (Romanos 8:8-11, 14-17; 1 Corintios 2:12-14).
- ¿Debemos pedirle a Dios que nos guíe, por medio de su Espíritu, para que podamos comprender correctamente las Escrituras? (Lucas 11:13; Juan 14:26; 16:13).
- ¿Cómo nos hace el Espíritu Santo una nueva creación, y qué responsabilidades tienen aquellos que están siendo transformados? (Colosenses 1:27; 3:9-10, 12-14; Gálatas 2:20; 3:26-27; 2 Corintios 5:17; Efesios 4:22-24).
- ¿Qué corazón y pensamientos debemos imitar? (Filipenses 2:5).
- ¿Qué fruto debe producir el Espíritu de Dios en nosotros? (Gálatas 5:22-23; 1 Corintios 13:4-8; Salmos 5:11-12; Mateo 5:9; Santiago 5:7-8; Romanos 12:10; Salmos 33:5; Lucas 16:10-12; 2 Timoteo 2:24; Hechos 24:24-25).
- ¿Da Dios dones especiales a los miembros de su iglesia por medio del Espíritu Santo? (Romanos 12:4-8; 1 Corintios 12:4-7; 13:13). □

Esta publicación no es para la venta. La distribuye *gratuitamente* la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Bolivia: Casilla 8193 • Correo Central • La Paz

Chile: Casilla 10386 • Santiago

Sitio en Internet: www.unidachile.cl

Estados Unidos: P.O. Box 541027 • Cincinnati, OH 45254-1027

Sitio en Internet: www.ucg.org/espanol

Honduras: Apartado Postal 283 • Siguatepeque, Comayagua